



**María Teresa Uribe de Hincapié:**  
entre la rigurosidad  
del trabajo  
y la libertad de pensamiento

Fabio Humberto Giraldo Jiménez

Hay personas que honran la inteligencia, el conocimiento y la profesión de una manera tal, que los tres elementos resultan idénticos. Este es el caso de María Teresa. Por su especial disposición para curiosear en el mundo social con una sensibilidad que siempre le ha permitido ver aquello que al común nos puede pasar desapercibido, si alguien no nos advierte; por el conocimiento

acumulado, visible en su sofisticado grado de pulimiento de las herramientas conceptuales y teóricas que le dan sentido, dirección, claridad y seguridad a la observación empírica; y por el éxito en la profesión, notable no sólo en los trabajos científicos que han contribuido al desarrollo de la sociología y de la ciencia política colombianas, sino también en el amor al arte

y al oficio, tanto de la investigación como de la docencia.

Pero, además, hay algo que para mí resalta con brillo. Se trata de su capacidad de hacer fácil lo difícil, no sólo como científica social, sino también como maestra. Y más aún, que integre esa sencillez del conocimiento a la sencillez de su vida, siempre afable, dispuesta al servicio y discurriendo entre estudiantes, colegas y amigos y siempre haciendo lo mismo: esculpiendo opiniones, confrontando información. Por ello, su sencillez como persona no está asociada a la ingenuidad ni a la simpleza intelectual. Antes bien, incansable lectora de los libros, pero incansable investigadora del mundo real, como cualquier científica normal, siempre los ha puesto en duda a los dos como un científico extraordinario; en efecto, nos ha permitido a sus alumnos y colegas escudriñar en la literatura científica innovadora y leer la sociedad colombiana como un enigma, esas dos caras del

conocimiento científico. De un lado, el conocimiento riguroso de la disciplina, de modo casi conservador; y, por el otro, la puesta en duda de lo conocido, de manera casi revolucionaria epistemológicamente. Por ello, además de ser una gran maestra de la ciencia acumulada, es también una inventora de hipótesis de investigación que ya han quedado agregadas a la historia de las ciencias sociales.

Por ello son muy suyas, y al mismo tiempo productos de su esfuerzo investigador, hipótesis de trabajo investigativo como aquella que afirma que la convivencia entre el orden y el desorden, entre la institucionalidad y la informalidad, entre la legalidad y la ilegalidad son la impronta de nuestra cultura política, pero también de nuestras instituciones políticas. Y que, en consecuencia, no se puede identificar a la sociedad colombiana como una impresión de las instituciones ni a éstas como una prolongación de aquella.



Es posible que eso explique, en parte, que se sienta tan cómoda en una universidad pública como la de Antioquia, porque en ésta se vive uno de esos dilemas que en lo específico replican los que se producen en la sociedad colombiana. Se trata, en efecto, de uno de esos dilemas que tanto le gustan a ella, porque no se pueden resolver si no se impone a la fuerza una de las posiciones. De una parte, está el hecho de que el carácter mismo de la universidad pública es ser una plaza pública dedicada, no al mercadeo, sino al conocimiento; dedicada, no a defender ideologías, sino a analizarlas; dedicada, en fin, a los asuntos propios del ocio que es el origen de la escuela, porque ésta se hizo precisamente para cultivar el ocio, que no la pereza. Pero de otra parte, siendo una universidad pública, no va con su

ética prohibir manifestaciones públicas de ninguna índole, salvo las violentas que son completamente contrarias al conocimiento. La Universidad de Antioquia es una institución educativa hecha para el servicio del conocimiento, pero también creada para que a él accedan aquellos que de otra manera no pueden estudiar en una universidad, que no profesa el populismo académico, sino, al contrario, la eficiencia y la excelencia para todos. Una universidad que en su historia, de miles de egresados, ha construido y está construyendo al país, a sus familias y a la sociedad en sus innumerables clases diarias, conferencias, convenciones, encuentros, laboratorios, conversatorios y demás procesos académicos que transcurren en el diario vivir universitario, pleno de conversaciones que completan los saberes y

la cultura con discusiones; una universidad en la que las paredes llenas de carteles hablan cultura. Con todo ello, lo que se hace en la universidad no es sólo conocer y construir conocimiento, sino también ganarle espacio a la violencia, y no sólo espacio, sino también corazón, voluntad y razonamiento, aún a pesar de los desconocimientos y las maledicencias de los que aborrecen la riqueza cognoscitiva y la vanguardia ético-política de la universidad. Creo que esta es una de las explicaciones al hecho de que, además de su hogar, esta universidad sea el nicho natural de una maestra que se ha dedicado a construirla y defenderla con sus clases, con sus escritos y con su ejemplo.

María Teresa ha sabido, en fin, mantener un equilibrio ejemplar entre la tenaz rigurosidad del trabajo y la libertad de pensamiento. Y esa actitud es un regalo que ella le está haciendo a la universidad y que ésta, para fortuna de la sociedad colombiana, replica constantemente. Yo creo que así se puede entender cómo ella puede estar tan compenetrada espiritualmente con los mundos complejos y los sencillos y que, con esa holgura de sentimiento de pertenencia, esté aun discurriendo su vida académica en la Universidad de Antioquia como si fuera la prolongación del hogar.

Con su vida académica sí puede decirse que la sabiduría es sencilla aunque el conocimiento sea sofisticado.

**Fabio Humberto Giraldo Jiménez** es el Director del Instituto de Estudios Políticos. Escribió esta semblanza en homenaje a María Teresa Uribe de Hincapié, especialmente para la *Agenda Cultural*.